

UNA PEQUEÑA ACEITUNA

❁ Después del célebre «Ateneo Ampurdanés», que otrora mantuvo enhiesto en Barcelona el pabellón de nuestra gran comarca, es ahora, la del «Casal Guixolenc» la primera tentativa gerundense que en esta nueva época logra sentar pie y carta de vecindad en la gran urbe catalana.

¿A quién corresponde el mérito que esta empresa supone? A la actual realidad guixolense, a merced de la cual el turismo nos ha convertido en ciudad famosa.

❁ Lo que ahora cabe preguntar es si, en esta nueva ocasión, sabremos alcanzar lo que en tantas otras hemos desperdiciado. Si nuestra indiferencia seguirá tan alegre, como irresponsable, haciendo de las suyas.

❁ San Feliu de Guixols ya no será a partir de ahora un punto olvidado en algunos mapas, ni un silencio en ciertos escritos, más o menos deliberado. Nuestra ciudad ha planteado bastión en plena Gran Vía barcelonesa en ansia de abrir camino a todas las comprensiones.

❁ El «Casal Guixolenc» puede llegar a ser todo lo mucho que queramos, o puede, más simplemente, tornarse en un vulgar sueño de verano. De momento es un peso y una responsabilidad que gravitan sobre nuestra conciencia.

❁ Muchas veces se ha culpado a unos pocos del hecho de que nuestra ciudad no poseyera entidades, servicios e instituciones que otras, con menos densidad, pueden hacer gala. Vamos, pues, a ver ahora si nos tocará culpar a unos muchos de una idéntica deserción.

¿Cuál es, al respecto, nuestra obligación? Dar calor y beneplácito, desde aquí, a la magna empresa que emprenden nuestros hermanos de Barcelona. Y, como el movimiento, de siempre, se demuestra andando, cursar nuestra afiliación como socios del «Casal», sin esperar a que tengan que recordárnoslo.

❁ Ya que tampoco existe motivo ni razón para entenderlo de otro modo. Aquí no vale exclamar: ¡oh, si de mi dependiera! Ni encogerse de hombros ni menos, muy socarrones, hacernos el «ausente». Ya que precisamente son los ausentes de la ciudad los que pudiendo excusarse en la distancia, demuestran con nosotros estar presentes, en un acto de afirmación digno de figurar en el catálogo que, a través de nuestra historia, registra las empresas más ilustres.

EQUIS

En el cielo hay una nube. Por el camino, sobre las roderas que forman los carros, tres hombres andan descalzos. Sus cuerpos enjutos parecen las raíces de las macrocarpas que forman algo más arriba del sendero.

Han llegado a la Aldea Bonita y piden de casa en casa, limosna o trabajo pero la Aldea Bonita tiene cerradas muchas de sus partes, y solo de tanto en tanto, algo de pan duro cae sobre sus manos de color violeta.

Cruzan el poblado y atrás, quedan sus calles blancas, alfombradas de asfalto.

Allí, cerca del río, se han sentado los tres hombres y han dejado sobre una piedra los mendrugos recogidos en su peregrinaje.

Encienden fuego y uno de ellos canta:

—¡Alegría, alegría, por el pan que recogí!

Los otros dos corren riendo.

—¡Alegría alegría, nos lo comemos aquí!

Ya cansados de cantar, bendicen la Aldea Bonita y bendicen los duros mendrugos que en la misma recogieron. Luego comen en silencio porque tienen hambre y además hace frío.

De pronto suena en el valle una voz lastimera:

—¡Silencio, habéis oído!, dice el más viejo.

Los tres hombres han dejado de masticar y solo se oye el diálogo sordo que forma el río con las rocas.

—¡Socorro! se oye gritar de nuevo.

Los tres hombres se han levantado en aquella dirección y allí en medio del río, un niño se ahoga.

Se tiran al agua y nadando con la corriente, dos de ellos han aprisionado al niño con sus huesudas manos y lo han dejado sobre el pedregal de la orilla.

—¡No llores, ya pasó todo!

—Quiero ir con mi mamá, dice el pobre ahogado.

—Vamos pues.

El más joven de los tres hombres se ha despojado de sus ropas y ha cubierto la carne húmeda del niño.

Andando, andando, han llegado de nuevo a la Aldea Bonita y tras mucho buscar han encontrado la casa. Es grande y al abrir la puerta, una mujer abraza aquel niño con toda su fuerza.

Luego se queda mirando a los tres hombres y les dice — Pasen, pasen a calentarse junto al hogar.

El fuego hace brillar los rostros mojados de los tres hombres mientras explican como se salvó la vida del niño.

Todos cuantos están en la casa escuchan el relato y al fin el dueño de la casa les dice.

—Permitidme que os agradezca este acto valeroso.

Se pone en pie y dirigiéndose a la ventana señala con el dedo una parcela, verde de alfalfa, que se sienta tranquila en la ladera del monte.

—Os regalo ese trozo de tierra cultivable.

Los tres hombres se miran entre sí, se abrazan y hablan por lo bajo. Al fin responden:

—Gracias señor, pero no queremos aceptar.

—¡Pero como!, ¿siendo tan pobres despreciáis una cosa de tanto valor?.

—No, nosotros queremos otra cosa

—¿Qué queréis entonces?

—Queremos ser amigos tuyos.

—Pues ya lo sois, pero ¿no queréis nada más?

—Sí, también aceptaríamos un poco de pan.

Sentados sobre la mesa grande, han comido pan tierno y han bebido un vaso de vino. Luego se despiden y todos les acompañan hasta la puerta. El dueño de la casa les vuelve a preguntar.

—¿De veras no queréis aceptar esa parcela de tierra?

—No podemos, esa parcela de tierra sería nuestra prisión, Nosotros tenemos ya una parcela muy grande.

—¿De veras? ¿donde la teneis? pregunta el dueño de la casa.

Nuestra parcela es toda la tierra: allí donde hay un camino, andamos. Donde un río, nos bañamos. Donde una madera seca calentamos nuestros cuerpos. Nada nos tiene presos. No tememos al ladrón. Todo lo damos porque todo lo tenemos y de esta forma somos felices

—Bueno, pues que sea enhorabuena vuestra ventura, adios amigos!

Los tres hombres, se alejan cantando por el camino plantado de olivos mientras el dueño de la casa dice a los suyos:

—¡Pobres hombres, están locos!

Pero ellos tres, cogidos uno al otro hacen el mismo comentario.

—¡pobre hombre! al ver a su niño salvo, se ha vuelto loco.

Luego, se pone a cantar de nuevo y el grito de su canto hace caer de lo alto de los olivos una pequeña aceituna.

S. M.